

# Clarín

Precio del ejemplar \$ 0.10

Buenos Aires, febrero 10 de 1920

Año I — N.º 16

Los defensores del orden



Mirá mozo: lo que nosotros no podemos tolerar es que se altere el orden por causas serias.

# Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEO UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral— y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Acaba de aparecer:

## PROTASIO LUCERO

(Un porteño en provincias)

por

### B. González Arrili

De venta en todas las librerías

\$ 2 m/n.

EDICIONES SELECTAS  
**AMERICA**

Cuadernos mensuales  
de letras y ciencias

Número suelto 0.20

BUENOS AIRES

Si le interesa el georgismo  
lea el libro:

### EVITEMOS LA GUERRA SOCIAL

por

C. Villalobos Domínguez (3 \$)

y el folleto

### nuestro Feudalismo y la salvadora doctrina georgista (20 cts.)

del mismo autor

Librería de Tomás Pardo y Cía.

:: Maipú 620 — Buenos Aires ::

## COOPERATIVA

## ARTISTICA

Materiales finos para artistas. Grabados,  
aguafuertes y modelos.

Marcos de estilo. - Artículos generales  
para ingenieros, arquitectos y  
dibujantes. - Copia para planos.

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858 - Avenida

## Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la  
Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria  
Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construídas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

# Clarín

## PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEO UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan  
acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

# Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Adm. MAIPU 126

## El momento difícil

por

Francisco de Aparicio

POCOS lugares comunes tan repetidos, sobre todo, tan inconscientemente repetidos, como éste del «momento difícil» que atravesamos.

Con ligeras variaciones cunde la frase de boca en boca, ocurriendo siempre, estados de ánimo poco deseables; y es que ante el avance incontestable de las fuerzas nuevas, los que ven amenazados sus privilegios, pretenden defenderse acumulando calificativos ambiguos, a rededor de un fenómeno que si todos advierten, los más se obstinan en tergiversar.

Y existe un hecho concreto que nos permite hacer tal afirmación: mientras los dirigentes de la clase obrera ponen diariamente de manifiesto una caridad insoportable, al encarar los problemas sociales; los representantes de la burguesía, en cambio,—así hayan alcanzado puestos de avanzada dentro del movimiento intelectual—desbarran en forma insoportable, cada vez que hacen de la cuestión social, tema de sus meditaciones. Es que si la esperanza de un próximo mejoramiento, aumenta la eficacia ofensiva de los primeros, el temor de perder prebendas indebidamente disfrutadas, inhibe a los otros para la defensa.

Esto nos ha traído como consecuencia una división de opiniones bien definidas y hasta ha tenido la virtud de desenmascarar a reaccionarios con disfraz, militantes en agrupaciones que presumen de avanzadas. Así el cisma que hoy separa bruscamente a la sociedad se ha infiltrado dentro mismo de conglomerados que debían de haberse definido colectivamente, de ser sincera la postura de todos sus componentes; pero no es nuestro propósito ocuparnos hoy de estos casos de excepción, que si revisitan grande interés por las enseñanzas que encierran, podrán, en estos momentos, hacer visumbrar en nuestras palabras, propósitos electorales, de que carecen en absoluto.

Un bochornoso suceso reciente, nos ha inducido a abordar hoy este tema, ratificando opiniones que teníamos formadas de tiempo atrás. Nos referimos al lamentable discurso pronunciado por el doctor Joaquín V. González, en el Senado Nacional, el día 29 de enero ppdo.

Cuando una personalidad como la del doctor González, sin duda alguna, la figura descolante de todos los elementos reaccionarios confesos del País, plantea con una torpeza «radical» problemas de sencilla solución, cabe afirmar sin temor que, si e sólo presentimiento de un estado social más justo y equitativo ha llegado a afectar el razonamiento de tan robusta men-

taidad, harto disculpables resultan las actitudes de los mediocres personajes que dirigen las asociaciones conservadoras que pretenden, con su sólo esfuerzo, mantener un estado de cosas que sufre el impulso renovador de todo un anhelo universal.

Y el doctor González llega, en su turbación, a emprender contra el extranjero, con el mismo ensañamiento de los pintorescos personajes a que antes aludíamos, y poco le falta para abdicar hasta de su talento literario y hablarnos de «desorbitados» e individuos «sin esperanza de reforma»:

«...el 75 por ciento de los habitantes de la capital es de extranjeros desvinculados del país y al cual han traído todos los problemas y todas las luchas de sus países de origen. De esos extranjeros sólo un 2 por ciento viene a cultivar la tierra; los demás vienen a obstruir la vida de la capital, a introducir el desorden por medio de incendios y de todo género de atentados contra la existencia del país».

«Pero en estos momentos no se trata de esos problemas; todas las clases sociales, todos los partidos, todas las escuelas están de acuerdo en que existe un problema superior a todo esto: hay un peligro universal en estas teorías extremas, que han llegado a convertir el crimen político, en norma, en una especie de «sána»otodo», en una panacea universal».

Los que hemos llegado a admirar la obra del gran escritor, vemos con verdadera tristeza que la misma pluma que dió forma a «Mis Montañas», haya escrito conceptos como estos:

«Las altas clases capitalistas, políticas y sociales, que viven de fortunas saneadas, de fortunas definitivas, invulnerables, tienen sus recursos para afrontar las dificultades de la vida, las grandes crisis sociales; los capitalistas tienen el recurso del «lock-out», de cerrar sus fábricas, de suspender el trabajo cuando las agitaciones sociales obligan a ello; los gobiernos tienen el recurso más o menos aceptable de aumentar los impuestos, de disminuir los sueldos, precisamente uno de los grandes inconvenientes de la crisis para las clases medias. Los obreros, por otra parte, las clases trabajadoras, tienen el gran recurso de la huelga, con todos sus inconvenientes; pero ellos hacen huelga y revoluciones, e incendian propiedades ajenas; hacen todo lo que el derecho llama delitos y crímenes en contra de la propiedad, y se amparan en el hecho colectivo para ser impunes; ellos consiguen así aumentos de salarios, consiguen mejoras de posición, ¡y quiénes velan, en-

tonces, por la clase media, que es la clase más general de la República?».

Y todo el discurso del doctor González es un llamado caritativo en favor de la clase media, y esto es tanto más de extrañar en él cuanto que, además de sus envidiables antecedentes, repite a cada instante que ha estudiado a fondo el problema.

Esta situación de paragona que él pretende descubrir en la clase media es la situación que de antiguo le señalan todos los sociólogos, profesionales y aficionados. Lo que no nos dice el doctor González es que la clase media es ella misma, única y exclusivamente, la causante de su mal.

La clase media es en todas partes, una clase eternamente aspirante a capitalista, y como todo aspirante por imitación, carga con todos los inconvenientes del imitado sin disfrutar de ninguna de sus ventajas. No lamente, pues, el distinguido escritor la crítica situación de tal clase, el día que esa situación sea realmente insostenible, habrá llegado el momento de alegrarnos porque la solución del problema económico será inminente. Ese día no habrá en la sociedad más que capitalistas y anticapitalistas, y el resultado de esta lucha, fácil es de prever.

El hambre que es de una eficacia didáctica indiscutible, ha de indicarle su puesto a la clase media, dándole la conciencia de su misión histórica.

Creemos inútil, por otra parte, que el doctor González pretenda ahora dar inyecciones de actividad a un órgano anestesiado por definición: «...que el Senado, como el cuerpo más vigilante y más alto de la nación, sea el primero en dar el ejemplo de preocupación por los altos intereses públicos».

Bien sabe el proletariado que poco puede esperar de la acción de gobiernos totalmente constituidos por representantes de la burguesía, y ésta no es una verdad que sepa por boca de extranjero, sino del arquetipo del proletario criollo:

«De los males que sufrimos  
Habían muchos los puebleros.  
Pero hacen como los teros  
Para esconder sus niditos:  
En un 'ao pegan los gritos  
Y en otro tienen los huevos».

Y se hacen los que no aciertan  
A dar con la coyuntura;  
Mientras al gaucha lo apura  
Con rigor, la autoridad,  
Ellos a la enfermedad,  
Le están errando la cura».



# Un candidato que no entiende... o no quiere entender el georgismo

por

C. Villalobos Domínguez

EL señor Manuel J. Astrada, candidato del Partido Demócrata para diputado nacional por Córdoba, y presidente de la Liga Patriótica en aquella ciudad, respondiendo a una encuesta, ha hecho en el diario «La Opinión», órgano oficial de aquel gobierno, algunas declaraciones sobre sus propósitos de acción política.

Hay bastantes palabras pero pocas ideas en su respuesta; y de esas pocas, son incoherentes casi todas. Dice cosas que no se pueden tomar en serio, como la de que «El sistema político de nuestro régimen institucional se halla hoy fundamentalmente alterado; el presidente de la República ha roto su estabilidad, basada en la armonía de los poderes y correlación recíproca de la respectiva y propia autoridad; desconociendo las facultades inherentes al Congreso y que tan amplia y expresamente determina la Constitución. El principio del gobierno fede al ha desaparecido; la autonomía de las provincias no existe».

¿Cómo ha podido desaparecer una cosa que no existía antes? ¿Cuándo hubo autonomía? ¿En tiempos de Roca, en tiempos de Figueroa, cuando se nombraban los gobernadores y diputados en la Casa Rosada... o en el Jockey Club?

## Enten?ámonos

Esto es hablar por hablar, como también lo es el decir que «es lícita en la República Argentina toda asociación que no perturbe el orden ni perjudice a derechos de terceros», para salir proponiendo que sea reconocida la libertad de asociación. Pero si ya está consignada como lícita, ¿para qué se va a molestar el señor Astrada en trabajar por ella? ¿O cree que la Constitución necesita ser reñendada con su firma?

He de advertir, sin embargo, que en las expresiones del señor Astrada hay dos frases insidiosas. La Constitución no dice nada de los derechos de tercero ni de orden público. Dice que todos los habitantes del país gozan del derecho «de asociarse con fines útiles» (art. 14). Con la interpretación del señor Astrada, que en todo el reportaje quiere aparecer como defensor de los derechos del pueblo trabajador (¡ja, ja!) se podría prohibir una sociedad gremial de resistencia, con el pretexto de que puede perjudicar a los derechos de los patronos, o una sociedad georgista, con el de ser perjudicial (¡y tanto!) a los derechos escritos de los terratenientes, o al orden establecido. ¡No, amigos!

## Sociología de cara o cruz

Parecería también que el señor Astrada no tiene nada que decir y se cree, no obstante, obligado a decir algo, por si pega. Según él, el encarecimiento de la vida es causado simplemente por el alza de los jornales y la disminución de las horas de trabajo. Pero la cosa es menos simple de lo que el señor Astrada parece capaz de entender. ¿Cómo podrá explicar, por ejemplo, la enorme carestía de la carne, cuando la cría de animales ocupa tan poco personal, y no se han aumentado a los peones de estancia sus

suelos ni disminuido sus horas de trabajo en cantidad que merezca señalarse? Sin embargo, hoy salen de las estancias los novillos a doble precio que antes.

¿Qué nos cuenta de eso?

¿Qué podemos pensar de un candidato que no sabe estas cosas? ¿Qué podemos pensar si las sabe... y las oculta?

Piensa que «haciendo más cantidad de trabajo y agregando una justa regulación de ganancias del capital, y conteniéndolas dentro de lo lícito, ya sea por medio del impuesto o por algún otro procedimiento legal, se habría obtenido la armonía de clases... etc.».

Un candidato tiene la obligación, para que la gente inteligente le tome en serio, de explicar y proponer cosas concretas y categóricas. Cuando se habla en ese tono vago y condicional, es claro indicio de que no se tienen ni explicaciones definidas ni voluntad efectiva de hacer nada por el pueblo cuyos votos se solicitan. El señor Astrada no dice (y seguramente ignora) cómo se podría conseguir que se hiciera más trabajo, ni cómo regular las ganancias del capital, legítimamente. Ese «por algún otro procedimiento» es divino. Sí: por algún otro, ¡o cualquier, ya veremos cuando seamos diputado.

¿Por medio del impuesto? ¿por qué impuesto? ¿cómo? Explíquese, hombre.

## Aquí viene el georgismo

Pero, en fin, vamos a lo del georgismo. «Y a propósito de impuestos—continúa—algunos espíritus teóricos han creído encontrar la panacea al mal en la implantación del impuesto único, basados en la doctrina de Henry George. Aparte de que tal sistema es inconstitucional, él es completamente inadecuado para resolver el problema de la carestía de la vida, que no depende, como dejo insinuado, del impuesto al consumo, sino en parte principal de la falta de trabajo (1). La doctrina de George es esencialmente capitalista, no se ha escrito nada más favorable a sus intereses, y es evidente que favoreciendo sin tasa ni medida el interés del capital, se ataca abiertamente los intereses del trabajo.»

Tantas frases, tantas macanas. Vamos por partes.

El señor Astrada hace estas cuatro afirmaciones:

- 1.º El sistema georgista es inconstitucional.
- 2.º Es inadecuado para resolver el problema de la carestía de la vida.
- 3.º El problema de la carestía no depende del impuesto al consumo.
- 4.º La doctrina de George es esencialmente capitalista y favorece sin tasa ni medida el interés del capital, en ataque a los intereses del trabajo.

## Constitución en mano

Respuesta a la 1.ª macana: El sistema georgista se encuadra perfectamente en la Constitución, no sólo porque ésta no im-

pide a los gobiernos provinciales (y así se practica) cobrar contribuciones territoriales, sino también porque el art. 67, inciso 2.º, autoriza expresamente al Congreso Nacional para «imponer contribuciones directas por tiempo determinado (digamos, veinte años) y proporcionalmente iguales en todo el territorio de la Nación, siempre que la defensa, seguridad y bien del Estado lo exija». Sin limitar su monto.

## Plata para el gobierno y trabajo bien pagado

Respuesta a la 2.ª macana: El sistema georgista (que consiste en la absorción de toda la renta de la tierra por el Estado) resolverá, en cuanto se aplique, el problema de la carestía de la vida, por varios efectos que infaliblemente producirá:

Porque permitirá suprimir todos los impuestos actuales, que sí la encarecen. Como el Estado cobrará toda la renta de la tierra rural y urbana del país (unos 1.500 millones de pesos al año) puede, con toda comodidad, suprimirlos, y le sobrará plata para aumentar bastante los sueldos a sus empleados, ir amortizando las deudas nacionales y provinciales y hacer una cantidad de obras públicas, sin contraer empréstitos.

Porque siendo accesible una parcela de tierra, del tamaño que quiera y en forma vitalicia, a cualquier agricultor, sin ningún desembolso como precio de compra, el país se llenará de pequeñas granjas cuyos productos serían abundantísimos y variados. (¡Entonces sí que se podría desenvolver la enseñanza agrícola!). No sólo ellos, sino todos los habitantes de las ciudades podrían comer frutas, huevos y pollos hasta hartarse. La abundancia implica baratura.

Y también porque el georgismo causaría un alza grande en los salarios de los trabajadores de industria y comercio y de cualquier profesión, pues el bienestar de los agricultores daría la norma del salario (salario natural) que cualquiera podría obtener, por la simple ley de la oferta y la demanda. Si un patrón no diera a sus obreros bastante salario, por lo menos, como para disfrutar de un bienestar equivalente al de un agricultor, se quedaría sin obreros porque se le irían al campo. No hay vuelta de hoja. Muchos se irían, efectivamente, cuando el campo se pusiera tentador, como ya sucedió en tiempos de Rivadavia, y se desorganizarían las ciudades (sobre todo Buenos Aires) del exceso de trabajadores, que puján la oferta de brazos y baja consiguente de salarios, que inútilmente se pretende remediar con huelgas. ¡Vea por donde abundarían las casas en las ciudades y bajarían los alquileres! Sin cortar que construir una casa costaría la mitad que ahora, al no haber que gastar en la compra del terreno. Me parece, pues, que si la gente dispusiera de artículos de consumo y alquileres mucho más baratos; y de sueldos y salarios mucho más altos, se podría reír de la carestía de la vida... y del señor Astrada.

## La carestía

Respuesta a la 3.ª macana: El problema de la carestía si depende en gran parte, del impuesto al consumo. Un derecho de importación en la aduana es un derecho al consumo nacional. Si un metro de tela para camisas vale un peso en el puerto y paga 50 centavos en la aduana, cada metro de tela costará 50 centavos más a cada consumidor argentino. Las camisas del señor Astrada le están costando hoy más de lo debido. Lo mismo puede decirse de las patentes, impuestos internos, contribución a los edificios, etc., etc. Cada familia de

obrero está siendo hoy esquilada por esos conceptos en unos 400 pesos al año. Pero no son sólo ni principalmente los impuestos. Lo que más tiene encarecida y casi imposible la vida para los trabajadores, es la apropiación privada de la tierra, hoy acaparada por una minoría de los habitantes del país... y por unas cuantas fuertes empresas extranjeras.

## El interés no es renta

Respuesta a la 4.ª macana: La doctrina georgista no favorece sin tasa ni medida el interés del capital ni ataca a los intereses o conveniencias de los trabajadores. (Es gracioso, entre paréntesis, ver a un conservador dándose a defender al trabajo contra el capital. ¡No embrome!). A lo que ataca fuertemente no es al bolsillo de los trabajadores, sino al de los rentistas, que son los verdaderos y grandes parásitos de la sociedad, y, como sanguijuelas, no dejan prosperar ni a los obreros ni a los industriales ni a nadie, salvo alguno que otro trust, hecho, como todos, a base de propiedad territorial, ítemse Vitivinícola, Azucarera, ferrocarril, trust del acero, del petróleo o como se le ame. Siempre los terratenientes.

Ya se ha visto en la 2.ª respuesta cómo el georgismo es el más seguro, claro, serio, pacífico y eficaz defensor del bienestar de los trabajadores. ¿Qué sindicatos, ni qué comunismo, ni qué soviets, ni qué cooperativas, ni qué músicas celestiales! Los georgistas sabemos que el georgismo es un engaño y por eso vamos al grano, que es la propiedad de la tierra.

Ni el georgismo ni los georgistas favorecemos ni podemos favorecer, ni nadie puede favorecer por su voluntad la baja o suba del interés del capital, porque éste, como cualquier mercancía de producción ilimitada, está sujeta a la ineludible ley de la oferta y la demanda. La renta puede subir, hasta fabulosamente, porque la cantidad de tierra es fija en el mundo; pero la cantidad de capitales, no. Y así se ve subir la renta del suelo en todas partes, automáticamente, según aumenta la población y los perfeccionamientos técnicos. En cambio la tendencia mundial es a una baja del interés. Cuanto más se puebla, adelanta y se enriquece el conjunto de un país, más se eleva la renta de la tierra—sin que por eso suban los salarios—y más baja el interés del capital. En Inglaterra el interés fluctúa alrededor del 3 por ciento y aquí del 6; pero allí como aquí ha sido algo más alto hace un siglo, mientras la renta que produce un mismo pedazo de tierra, tanto en Londres como en Buenos Aires, ha subido prodigiosamente... aunque su propietario haya estado durmiendo. No hay que confundir interés con renta ni capital con privilegio. Ese es el enorme error de los socialistas, anarquistas y sindicalistas. Henry George tendrá la gloria segura de haber aclarado el punto definitivamente.

No hay verdadero motivo ni gran ventaja, para emancipar a los hombres de la esclavitud económica de que sea reducido el interés del capital (que nunca podrá serlo mucho) ni mucho menos en suprimir el capital privado y la libertad de trabajar, comprar y vender lo que los hombres hagan. Pero haría muy largo este artículo tratar asuntos que ya he tratado en mi libro «Evitemos la guerra social».

## La Dirección de CLARIN no se solidariza con las opiniones vertidas por sus colaboradores.

La Dirección de CLARIN no se solidariza con las opiniones vertidas por sus colaboradores.

## Tolstoy con nosotros

Aquí solo me proponía, y espero haberlo conseguido, demostrar cómo un líder conservador cordobés ha dicho tonterías, al pretender refutar el georgismo. Y ni él ni nadie puede decir otra cosa, cada vez que lo pretenda, porque la doctrina georgista se ha probado ampliamente como inatacable. Es el caso de repetir una vez más la afirmación de Tolstoy, en su testimonio a los trabajadores (y no porque él lo diga, sino porque es la verdad) de que «la doctrina georgista se la puede ignorar o tergiversar, pero, conociéndola, no se puede honradamente disentir con ellas». Es el mismo escrito donde dice Tolstoy que «el socialismo está lleno de necedades».

De todos modos, las majaderas críticas del señor Astrada son indicio evidente de la importancia que ya ha adquirido en Córdoba el georgismo, cuando así les preocupa a los defensores del privilegio.

Y también de la comprometida y paradójica situación en que se encuentran todos los políticos conservadores (pues la denominación de «demócratas» es pour la galerie) quienes, sujetos por la bendita ley

electoral a necesitar para existir de los votos del pueblo, compuesto en su mayoría de pobres, se ven obligados a fingir que los defienden, cuando lo que en realidad desean es defender a los ricos privilegiados. Porque un industrial o comerciante que trabaja como un negro para atender su negocio, no es usualmente un privilegiado. No es a esos a quienes defienden.

Nosotros, los georgistas, no queremos, como los socialistas, suprimir los ricos. ¡Queremos suprimir los pobres!

## Las urnas son su enemigo

Peró el pueblo se va enterando poco a poco; y si los conservadores (que se ven limitados a chismorrear de los radicales) no quieren perder totalmente su tiempo y librarse de los inevitables fracasos que a la corta o a la larga les esperan, podrían tal vez intentar abolir la ley electoral, para que volviéramos otra vez a las elecciones del Jockey Club. Que prueben a ver.

Yo no espero que probarán, ni tampoco que el señor Astrada probará a destruir mis argumentos, porque... ¡trabajo le mando!

## Respuesta

# La Liga Patriótica Argentina

III

Señor Francisco de Aparicio.

De mi mayor consideración:

Expuesto ya el pensamiento que inspiró la fundación de la L. P. A. y demostrada la conveniencia de mantener organizada la defensa vecinal, entro ya a fondo en el asunto fundamental de nuestra conversación.

## La hora presente

Mi exposición resultaría más fácil y metódica si hubiera tenido la oportunidad de advertir dentro de qué corriente doctrinaria político-social se encuentra el crítico. Pero comprendo que «en la hora presente» esto es pedir peras al olmo. Se que CLARIN es revolucionario y nada más. Usa de la piqueta destructora pero no advierte que de los escombros el plano ni el material está listo para la reconstrucción. Sabía yo por qué preguntaba, estimado señor Aparicio, por el plan constructivo y racional de los que quieren destruir todo lo existente. No es tan fácil la respuesta, y por ello no me extraña que haya usted usado el socorrido recurso de la «tangente».

Aunque no bien caracterizadas doctrinariamente sino por excepción, las tendencias sociales del momento, se notan manifestaciones de toda índole. Desde el anarquismo bastial de Stirner hasta el ideal del «looking backwards», de Bellamy; desde el comunismo universal hasta el anarquismo utópico de Jean Grave.

Anarquismo, comunismo anárquico, sindicalismo, maximaísmo, socialismo revolucionario, social-democracia, etc., tendencias las más opuestas aparecen disputándose el presunto cadáver del estado burgués.

Se les confunde comúnmente a todas y todos los que se dicen en una u otra tendencia usan del argumento común: el odio, el insulto y la violencia.

Sin saber si acierto bien con el suyo, me limito, pues, a colocarme en mi punto de vista.

## «Devenir» y adaptación

Comienza la parte primera de su carta transcribiendo la proposición inicial de mi exposición: «Grandes transformaciones que en el curso normal de la historia exigen la vida de siglos, se han operado en un lustro. Dice usted que no tendría inconveniente en suscribirse, porque entiende que deseo significar un «aceleramiento» considerable en la marcha de la civilización, pues lo contrario sería admitir, que el mundo marcha hacia atrás.

No confundamos, estimado señor. Si nos decimos de qué puerto zarpó ni cuál es el puerto de arribada final, nos han embarcado en esa frágil nave que usted llama «civilización» y que yo llamo existencia o vida o cualquier otra cosa, con esta consigna: «¡sigan viajes!». No sé decir cuando perdemos ni cuando ganamos camino. Navegamos aprovechando las brisas y esquivando las tempestades. Ni aplaudo allí, ni critico; advierto. Pero la frase tiene su «arrière pensée».

Proceder con «inteligencias»—interpreto a Manouvier y a Spencer—es establecer la más estrecha correspondencia entre las relaciones internas y externas. Esta correspondencia, coordinación, o adaptación, en la evolución zoológica del hombre, crece en espacio, tiempo, variedad, generalidad y complejidad.

La adaptación se produce siguiendo la evolución psíquica del individuo, la raza, la especie. Al tejer esa complicada telaraña que vincula al hombre con los demás hombres y lo adapta a su medio, hay que respetar las condiciones naturales. Si el hombre no es el bruto de los filósofos para quienes «humanidad», «sociedad», «verdad» y «bien», son simples «fantasmas», tampoco es el ángel que Julián West conociera «El

(1) Por haber disminuido los obreros las horas de trabajo, dijo antes. Escribe tan mal que ha veces no se le entiende.

año 2000. ni la hormiga de «Kwaída» que ha llegado a perder su egoísmo individual en beneficio del egoísmo social o altruismo. Dice Lafcadio Hearn, quien escribe cosas interesantes: «Las pasiones son todavía más poderosas que la razón en el hombre, porque son incomparablemente más viejas, porque fueron una vez esenciaes para la propia conservación, porque formaron el estrato primario de la conciencia, de la que han nacido lentamente los sentimientos más nobles. No hay que permitirles nunca que rijan, pero ¡ay de aquél que niegue sus inmemoriaes derechos!»

La Ley del «levenir» que usan con cierto aire de descubridores los positivistas modernos, aunque aparece vigorosamente expuesta por Marco Aurelio y antes que él por Heráclito y otros pensadores de algunos días atrás, nos muestra la continua mutabilidad del espíritu humano. El centro de equilibrio entre la pasión y la razón, entre el egoísmo y el altruismo, se traslada en el tiempo sin que nos sea permitido conocer sino en la penumbra su trayectoria. A ese movimiento corresponde otro movimiento para'e'o del centro externo de equilibrio entre la acción del individuo y el de su especie. Conservar el paralelismo es obrar con inteligencia, es evolucionar; detener el centro externo, es reaccionar; apresurar'o, es revolucionar.

He hablado de «cataclismo» y he hablado bien. La actividad humana dedicada a la producción en medio de una aparente armonía se transforma en la lucha más encarnizada que registra la historia. Una fiebre destructiva todo lo amenaza y al «cataclismo» (sin hipérbole) material sucede o acompaña otro de orden espiritual. Principios fundamentales que rigen la vida, normas morales y jurídicas, costumbres, sentimientos profundos, se despojan o reciben un recio ataque; transformaciones fundamentales se operan de pronto en los Estados; eso es lo que, en idioma español y en sentido figurado se denomina «cataclismo». Del «cataclismo» puede resultar dicha o desgracia; ello depende del cristal con que se mira. Para ustedes son rosas; para mí esas rosas tienen muchas espinas. Saludo compáido—en eso lo acompaño—ese despertar de la conciencia humana, esa revelación que deslumbra, que anima, que inquieta. Y como es cierto que a revolución sucede a la reve'ación (Proudhon), tendremos, o más bien dicho, tenemos la «revolución» en marcha. Pero comprendámosla; seamos prudentes.

Esa «revolución», para que sea eficaz, positiva, razonable, «inteligente» — según el concepto de Spencer — ha de exteriorizarse en cambios de la vida social, política y económica que respeten la realidad, mala o buena, de la naturaleza humana y no aceleren artificialmente la marcha de eso que usted llama «civilización». Cuando el capitán Sadou!, ex-miembro de la misión militar francesa en Rusia, señala como un obstáculo del sistema implantado por el Código de Trabajo en la Rusia de los Soviets, la carencia de disciplina ch'ra, no hace sino indicar una falta de concordancia y una desobediencia fundamentales a la ley natural expresada por los maestros nombrados. Esa disciplina, tal cual la entendemos con un concepto democrático liberal y aún «revolucionario», que es una obediencia voluntaria y consciente a la razón, a la ciencia a la experiencia, no ha sido alcan-

«La Bondad y la Justicia constituyen, como se sabe, el mayor peligro social».

Manuel GALVEZ.

zada por la masa popular y el Código tendrá que esperar a que la evolución madure, y mientras tanto, detener ahí la revolución externa. De lo contrario perjudicará sensiblemente el bienestar, la producción y el progreso.

Cuando Lenin sostiene la adopción de un régimen semicapitalista, llamando, aunque bajo ciertas condiciones, a los propietarios a intervenir en la producción fabril y a percibir una renta; cuando admite la propiedad privada de la tierra, aunque sin la cooperación del Estado en las labores agrarias de los fundos así retenidos, no hace otra cosa que dar un paso atrás para reparar la violación de la ley de correspondencia de las relaciones internas y externas.

Cuando contemp'o el cuadro que presenta A emaña, siento una impresión de grandeza. «No se destruye sino lo que se sustituye». Parece que el elevado y práctico espíritu del demócrata Bernstein presidiera aque'la colosal metamorfosis. El respeto del hombre, de su dignidad, de su honor, de su desgracia, no son un óbice para la transformación de las instituciones. Los principios se quitan la corona de sus abuelos como quien guarda un símbolo histórico y van a la urna a llevar su fuerza de opinión, de error o de virtud, contribuyendo a formar la resultante democrática. Por otra parte,

la ley de la correspondencia se ha respetado y la revolución externa se opera con «inteligencia». La miseria y el dolor inmenso de la derrota que humilla una raza soberbia, no han sido obstáculos para esa adaptación sin precedentes en la historia, por la complejidad y la magnitud del escenario. La locura demagógica de una minoría infima se estre'la contra una disciplina democrática, consciente, admirable. Allí, en el seno de la nación alemana, se ha operado en el orden social una evolución imperceptible, pero incomparable, a base de cultura, algo semejante a lo que en el orden político se ha producido en el Imperio Británico.

Para que no le resulte tan pesada mi exposición, suspenderé hasta el próximo número, donde seguiremos con el asunto «revolución», que es de actualidad y merece dedicación. Excuso decirle que si dejo algún punto fundamental en la sombra, puede usted intervenir en cualquier momento para advertirme'o. Como me toca en esta controversia el papel más arduo—la crítica, por definición, es simp'ista—tengo que ser extenso y temo incurrir en abuso de hospitalidad.

Hasta la próxima.

Rodolfo Medina

La sonaja de siempre

A vueltas con el nacionalismo

por

J. M. Monner Sans

Señor Director de CLARIN:

En las páginas de nuestra revista se ha aludido erróneamente a mi modo de pensar con respecto a la abstracción de patria. Por ello le ruego inserte—para dejar las cosas en su lugar—los párrafos que señalo de ese artículo mio publicado en el núm. 3 del difunto «Martín Fierro» (abril 23 de 1919). En el coménto, según lo advertirá el lector, el manifiesto del «Ateneo Universitario» sobre los acontecimientos de enero del pasado año, manifiesto conciso y enérgico redactado por nuestro querido amigo Arturo de la Mota.

Al releer aquellas líneas, noto con sorpresa que no han perdido actualidad. Ahí va la transcripción:

«No se me oculta que alguien tachará nuestra orientación ideológica de anti-argentina. Por lo que a mí atañen, me tienen sin cuidado tales censuras. No somos aún, creo, una nación; somos un conjunto de gentes de distinta procedencia, de hábitos diferentes de educación desemejante reunidas a azar en este rincón del mundo. Casi nada nos une, aparte de nuestra convivencia en el territorio de la República, y esto hay que confesarlo sinceramente. Si la solución del problema consiste en inyectar «nacionalismo» mediante dosis periódicas, yo conceptúo que en la jeringuilla del aparato criollo debemos co'ocar, más que reátos guerreros—mitad arreglados y mitad inventados—«progreso» sin misonheimos torpes y «cultura» amplia, sin prejuicios de otros tiempos, en que la tradición y las instituciones, y los mitos y los símbolos, eran sagrados para aquellos que no se atrevían a meditar por miedo a destruir... Ahora esa es, cabalmente, nuestra función: destruir cuanto cosa inútil nos lega el pasado. Y destruir con mano férrea,

Mas transcribimos a rengón seguido algo de lo que el Ateneo dijo:

«El sociólogo, el estadista, el hombre de gobierno no pueden ver en estos sucesos sino fenómenos sociales que obedecen a causas hondas y graves. Estudiar esas causas, para prevenirlas y evitarlas, es su deber. Y no con palabras ni con promesas falaces habrá de conseguirse esto. Cada vez que una huelga violenta conmueve la sociedad con hechos dorados, la promesa mentida de una legislación obrera asoma a todos los labios. Mas aquella legislación no llega nunca... Los mejores proyectos y los más sanos esfuerzos van a estrellarse contra los prejuicios de un parlamento anquilosado en su rutina y de un poder ejecutivo ocupado en subalternas minucias de baja politiquería.

«El pueblo de la República atraviesa por un estado inseguro. Necesario es preocuparse del problema de la carestía de la vida. El gobierno tiene en sus manos los medios de modificar tal situación. Cambiar el sistema de impuestos, arbitrario, monstruoso, injusto; he ahí uno de esos medios. Crear una buena legislación del trabajo; he ahí otro. No es posible persistir en el conocido estribillo de los «agitadores de oficio» y de las «teorías disolventes». Los únicos agitadores son, a nuestro juicio: de un lado, el malestar como producto de la necesidad, y del otro, la ceguera y la incapacidad de los gobernantes. Ya no es posible seguir cubriendo las lacras sociales con el himno o la bandera».

Y estas consideraciones concuerdan con lo que tantas veces me he visto obligado a repetir: el patriotismo es, casi siempre, el postrer recurso de que echan mano los que quieren defender sus particulares intereses; es, según Johnson, «el último refugio de los m'avados». Dicho sentimiento lo estimo, sin embargo, legítimo, como expresión de na-

tural afecto por la tierra donde se ha nacido, donde se ha levantado el hogar, o, simplemente, donde se vive; es legítimo y más bien producto de la mala enseñanza escolar—donde todos los generales son, por rara coincidencia, grandes héroes—cuando se a'ardea de engreída vanidad nacional o cuando se razona de esta guisa: «Estoy orgulloso de ser argentino, porque nuestra «patria» ha hecho tales y cuales cosas...» A mí tamañas sandeces me hacen sonreír. Veamos, señor mío: ¿y si fuera chino o persa o árabe estaría también orgulloso de ser... o no lo estaría?... Debo declararlo rotundamente: no entiendo eso del orgullo nacional. Yo estoy convencido que si fuese chino tendría por China el mismo cariño que siento por nuestro país, y mañana, si me marche a Francia o a España, por ejemplo, y residido allí quince o veinte años, terminaré por ser más francés o español que

argentino. No; no aceptemos de plano lo que es producto del aprendizaje a que fuimos forzosamente sometidos en los años de la infancia; sopesemos los criterios que se nos quieren imponer, que ello formará parte de la manoseada «revisión de valores» que a cada instante se menta.

Y paso a otro tema. El Consejo Directivo del Ateneo, añade después, refiriéndose a los salvajes «guardias blancas» que asaltaban hogares israelitas: «Repudiamos esa «argentinidad» por primaria y mazorquera. La nuestra, la de todos los hombres cultos, no puede ser esa cosa grotesca. La nuestra es la de la Constitución, que asegura la libertad y concede los derechos civiles del ciudadano a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino».

Nada tengo que agregar. Y punto final.

De la ignorancia periodística ¿Cultura o civilización?

por

Modesto Cero (hijo)

Un grand nombre de méchants écrivains ne tirent leur subsistance que de la sottise du public, qui ne veut lire que le produit du jour. Je parle des journalistes. Ils sont dénommés à merveille! En d'autres termes, on pourrait les qualifier de «journaliers».

A. Schopenhauer («Parerga et Paralipomena») (1).

La enciclopédica ignorancia de nuestro periodismo está fuera de discusión. Los cinco años y pico que lleva el Pescatore di Perle analizando las sandeces ajenas—y callando las propias—nos dan la pauta del valor intelectual de la prensa.

En sus tiempos ya lo decía Oscar Wilde: «¿Qué diferencia hay entre la literatura y el periodismo? Que la literatura no es leída y el periodismo es legible». Y de entonces a estas fechas—especialmente en estas ubérrimas tierras—hemos retrocedido hasta las lindes del analfabetismo.

Bien es verdad que el factor económico agrava hoy el problema, como me lo observaba muy sutilmente cierto distinguido editor-ista de un gran diario nacional:

—¿Me cacl'en dié! ¿Qué quieren? ¿Que por un sue'do de 150 pesos tengamo de aprender la castilla?

Sin embargo, hay excepciones. En nuestros mismos grandes diarios—y quizás parecezca audaz la afirmación—existen redactores que saben «a castilla», tienen sentido común a ratos y ser'an capaces de escribir discretamente. Pero no pueden hacerlo, a riesgo de ser tildados de impertinentes, cuando no de revolucionarios. Y se amoldan, caro está, al climax reinante.

La labor del Pescatore es con todo, útil, pues si no logra corregir a nadie, divierte a todos sus co'egas por aquello de lo que se goza con el mal ajeno, por lo de «hoy contra mí, mañana contra tí», y, en fin, por lo de «mal de muchos, consuelo de... etc.».

Y eso que al Pescatore se le escapan—por miopía adquirida en el oficio o por natural ignorancia—las perlas más voluminosas. Para muestra basta un botón.

\*\*\*

(1) Cito la excelente traducción francesa de Mr. Auguste Dietrich porque cantada y en italiano gana mucho la moral.

Raro es el día en que «La Nación», «La Prensa», «La Razón» o cualquier otro rotativo no publiquen noticias de este jaez: «El Jockey Club, alto exponente de nuestra cultura...»

«El culto público del Colón...» «...Estos vie'entos diálogos no conciden con nuestra tradicional cultura parlamentaria...»

«La manifestación de los conservadores desfiló sin incidentes, reve'ando la cultura...»

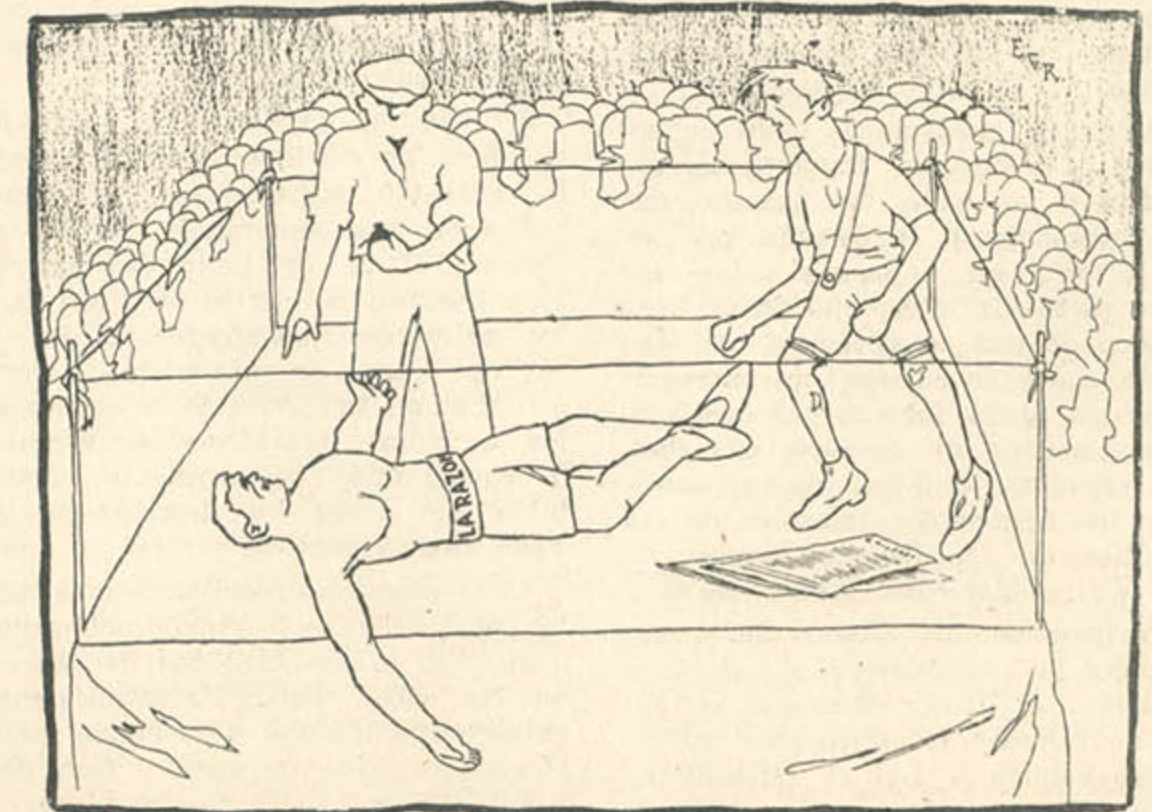
Etcétera, etcétera. Y así, estamos atiborrados de cultura por todas partes: en el club, en el teatro, en casa, en la calle, en Mar de Plata...

Pero, ¿a qué llaman «cultura» nuestros periodistas? ¿Qué entienden por «culto»?

Culto, por lo visto, es el caballero que viste bien, que habla con mesura, que no co'eca, que no muerde... De modo que así somos cultos casi todos, y tenemos aquí, en esta cartaginesa Buenos Aires, más cultura que Atenas en tiempo de Pericles.

El equívoco de estos excesos culturales

UN GOLPE INESPERADO



Si hubiera sospechado la fuerza del chico, no habría pretendido aprovecharse tanto de él.

ignoraron la ciudad. No fueron civilizados. Por otra parte, no conocieron ningún cultivo, excepto el del espíritu. Así, pues, se da la paradoja de que tuvieran la «cultura» en su acepción figurada antes que en su original significado. Los semitas, creadores de la ciudad, fueron los primeros artífices de nuestra civilización. De su cultura... nos queda la «Biblia».

El pueblo semita, inagotable fuente de cuanto estúpido fanatismo ha padecido el mundo, no podía originar la cultura. Ella debía venirnos de la riente y escéptica Hélade, que tan pocos descendientes cuenta hoy, porque, como lo dice Anatole France: «La faculté de douter est rare parmi

les hommes; un très petit nombre d'esprits en portent en eux les germes, qui ne se développent pas sans cultures.

\*\*\*

Estos ligeros y desordenados apuntes, consignados a vuesa pluma, explicarán quizás a lector lo errados que andan nuestros plumíferos cuando adjudican cultura hasta a los diputados y a los del Jockey Club...

Y también podrán servir para iluminar un poco cierto distingo—nunca bien explicado—y cierta oposición que nuestra prensa vio siempre entre la «Cultura» nórdica y la «Civización» anglo-francesa...

Modesto Ceró (hijo)

## Responda el lector

Hace ya muchos días llegó a nuestra mesa de trabajo la carta que publicamos a continuación, dirigida por un anónimo colaborador que mucho deseáramos conocer.

La Dirección ha encargado—sucesivamente—de su respuesta a todos los redactores, sin que ninguno de ellos haya podido llegar a una efectividad conducente.

Ante tan inusitado acontecimiento, cree la Dirección que es de una elemental sinceridad confesar públicamente su impotencia, rogando al público quiera prenderle una cuarta en tan difícil trance.

Señor Director:

Hace pocos días desembarqué de un vapor, mejor dicho, hace pocos días tuve el gusto de abandonar el lujoso camarote de tercera clase (aún hay clases) de un hermoso paquebot, orgullo de la marina mercante de una nación europea, cuyo nombre no hace al caso.

Mucho antes de decidirme a dejar, tal vez para siempre, mis patrios lares, consideré indispensable hacer un estudio político de las repúblicas americanas con el objeto de adoptar como segunda patria la que, a mi juicio, ofreciera en sus leyes fundamentales, más respeto al extranjero que por desgracia se ve obligado a buscar fortuna en distinto país del que lo vio nacer. Me subyugó un preámbulo que dice «...para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino».

Ya decidido a ganarme la vida en un democrático país cuya ley fundamental ostenta al frente, tan bello, tan humano, tan cristiano preámbulo y conociendo por referencias lo difícil que es para el vulgo—del cual formo parte—la interpretación del texto intrínseco de una constitución, creí útil y necesario, antes de entregar mi cuerpecito—que es mi única fortuna—al camarote de tercera clase de un hermoso paquebot, etcétera, consultar, o mejor dicho, asesorarme por los eminentes profesores de esa rama jurídica que se llaman Joaquín V. González, Vedia, Matienzo, Montes de Oca.

Leí (con respeto) las «Bases» de Alberdi, acatando la recomendación que hace a sus alumnos el doctor Matienzo en sus lecciones de Derecho Constitucional (2 tomos en un volumen). Leí el «Manual de la Constitución» del doctor González; la «Constitución Argentina» de Vedia; el «Derecho Constitucional» de Montes de Oca; el «Internacional Privado» de Alcorta y las

notas del doctor Zeballos en su traducción del Manual de Weiss.

El estudio de estos maestros llevaron a mi espíritu el convencimiento de que venía a un país en el cual me hallaría como en mi propia patria y confiado en que los derechos del hombre y del ciudadano, entrevistados a través del texto constitucional, estaban arraigados en el espíritu de todos los argentinos, me lancé a la—para mi—tierra de promisión.

Con aquel bagaje espiritual y otro mucho más modesto equipaje; grandes deseos de trabajar y una enorme cantidad de documentos, sin duda exigidos por el artículo 25 de la Constitución,—que acreditan que soy un infeliz que nunca poseyó un par de millonajos ganados honradamente en alguna contrata con el Estado o acaparando cualquier porquería inútil e innecesaria como el azúcar, el trigo o la carne,—desembarqué del piroscifo y dí con mis huesos en casa de una hospitalaria familia.

Las primeras impresiones fuertes las recibí de un joven estudiante de Derecho (¡fíjese bien!) miembro orador de una liga patriótica, con el cual trabé conocimiento, presentado por la familia que me da hospitalidad.

El me hizo conocer:

1.º Que Alberdi fué un traidor, según lo demostró el diario más importante del mundo, con unos fragmentos de cartas que dió a la estampa.

2.º Que San Martín fué el general de más valor y de más talento del universo. Napoleón... Washington... ¡Bah!... Si viviese ¡usted cree que la guerra europea habría durado cuatro años?

3.º Que la Argentina es el único país en donde no existe la cuestión social, como lo demostró palpablemente el doctor Zeballos en una conferencia que dió en «La Prensa» el 27 de junio del año pasado. Hay huelgas, es cierto, pero eso se debe a los agitadores extranjeros, a los perversos con caras de reformistas y haraganes que simulan funciones de delegados gremiales, en total, unos locos de verano según la clasificación del eminente hombre público que dirige los destinos de la Liga Patriótica Argentina.

4.º Que aquí no precisamos más hambrientos. Queremos, eso sí, inmigración que traiga capital y no esa cantidad de descontentos que no saben distinguir la diferencia que existe entre los países de donde proceden y el nuestro, rico, próspero... Con decirle a usted que, en todas las reuniones hipócas se juegan 200 mil pesos, está dicho todo.

5.º Que aunque usted tiene por la Constitución (¿conoce usted la Constitu-

ción?) los mismos derechos que yo que soy argentino. ¿Cómo fíbamos a consentir que a usted, que viene a matarse el hambre (!) en este generoso país, le dejasen atender contra la patria, provocando huelgas y alborotando a los trabajadores nativos que son amantes del orden hasta el extremo de figurar en las brigadas de la Liga Patriótica? Jamás.

En Tucumán, los obreros son en su mayoría argentinos, son patriotas, no hay huelgas. En Corrientes, hace pocos años un obrero ganaba 15 pesos por mes y trabajaba 15 horas por día, ahora ganan hasta 200 y más y reclaman ¡sabe usted lo que reclaman? ¡asómbrese!... impermeables!... Es el cómo... ¡Esos animales con impermeable como si fuesen socios del Jockey Club! ¡Ah! y 8 horas de trabajo. Pero no son ellos, no, los que se preocupan de esas bagatelas. Son los agitadores extranjeros que los trastornan con sus prédicas sin juicio. Ve a usted lo que decía uno de esos vividores sinvergüenzas: «La reducción moderada del tiempo de trabajo dista mucho de traer consigo una reducción igual en su producto. Cuando la duración de aquél es excesiva (más de doce horas), puede asegurarse, desde luego, que una disminución aumenta su fuerza productiva, no la reduce en nada. La codicia inhumana, que exige habitualmente un trabajo excesivo, es ciega; desconoce sus intereses, así como atropella todos los deberes de humanidad. Un organismo cansado no produce, en tiempo igual, la misma suma de trabajo que puede producir el que, por la regularidad de las alternativas de movimiento y de reposo, conserva su frescura y su vigor. La fisiología moderna ha conseguido, por medio de instrumentos adecuados, apreciar con exactitud los efectos de la actividad y del reposo en nuestros órganos, proveyendo así de una base científica a los que piden la prudente reducción de todo trabajo excesivo...»

Eso es alterar la paz social, pero aquí estamos los de la Liga para contener a esos malhechores. ¡No ha leído usted los carteles que publica la Liga? Nosotros también educamos a las masas. Meta bala no más... Sino no se puede vivir. Hasta los dependientes de comercio tuvieron su correspondiente huelga ¡hágame el favor! ¡Claro que la perdieron y por ahí anda una cantidad muertos de hambre! Pretendían, por lo visto, arruinar una de las más fuertes casas de comercio de Buenos Aires, arrastrando a la miseria a más de 20.000 empleados y obreros que ganan mensualmente entre 25 y 50 pesos. Por cierto que uno de los huelguistas, seguramente despechalo porque no fué admitido nuevamente, rompió uno de los grandes vidrios de un escaparate de la casa. ¡Nunca lo hubiese hecho!... Más de veinte patriotas saltamos sobre él y casi lo destrozamos. Un coronel que presenciaba la acción lo detuvo y lo entregó preso a la policía. Después, ante el Juez que creo lo condenó a dos años y medio de prisión, lloraba porque, según decía era padre de cuatro hijos que quedaban abandonados... Hay que hacer así sino es imposible... El país de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad se convertiría, por obra de los extranjeros, en una segunda Rusia.

Ahora, señor Director, le ruego me saque de dudas, pues reconozco humildemente que a pesar de aquel bagaje espiritual

Con un frac y una corbata blanca, todo el mundo, hasta un agente de Bolsa, puede llegar a tener la reputación de un ser civilizado.

Oscar WILDE.

de que le hablaba al principio no sé una palabra de la Constitución, pues no puedo creer que obren tan en desacuerdo con ella personas que están materialmente obligadas a conocerla y moralmente obligadas a respetarla.

Si mañana no me conformo con el jornal que gano y en unión de mis compañeros pido aumento, ¿se considerará esa actitud como un atentado contra mi patria adoptiva? ¿La patria, la componen únicamente los miembros de la Liga Patriótica, la Asociación Nacional del Trabajo y la Gran Colecta Nacional? ¿Se permite o no se permite a los extranjeros expresar sus ideas aun cuando difieran fundamentalmente de las de los distinguidos miembros de las no menos distinguidas asociaciones patrióticas, comerciales y aristocráticas (!) Si la patria estuviera algún día en peligro, ¿cree usted sinceramente que esos patriotas que rinden ferviente culto a los himnos, banderas y botones llevarían ventaja a los extranjeros en correr a defenderla?

Atentamente.

Julio

## Historia natural

Bajo este título inauguramos hoy una sección en la cual insertaremos, sin comentario alguno, todos aquellos documentos que, a nuestro juicio, revistan un verdadero valor histórico para el estudio que mañana se proponga reconstruir el cuadro de la vida de nuestra cultura y nuestras instituciones, en el momento que vivimos.

### «Abstracciones superiores»

Los párrafos que transcribimos a continuación forman parte del extenso «considerando» del decreto del P. E. de fecha 2 de febrero de 1920, aprobando las elecciones realizadas en la provincia de La Rioja el día 2 de junio de 1918:

«La renovación que se lleva a cabo en todos los poderes de gobierno de los Estados de la República, obedece a un mandato supremo sancionado por el pueblo argentino y definitivamente consagrado en su historia; el poder federal cumple la fe jurada de dar a los Estados sus gobiernos verdaderos. Una vez legitimamente constituidos ellos quedan incorporados dentro de los preceptos de la Constitución y de sus leyes correlativas y sólo podrán ser intervinidos cuando concurran las circunstancias que la carta fundamental menciona y que deberán ser interpretadas y aplicadas restrictivamente por los poderes federales.»

«No se puede pues argumentar, moral ni jurídicamente con la autonomía de los estados para sostener la aplicación actual de las leyes de su pasado. La autonomía es lo que recién ahora se ha de consagrar, y cuando ello se consiga habrá llegado el momento de amparar a sus gobiernos y respetar sus leyes; pero no se le puede invocar en nombre de lo que fué su negación y su inexistencia. El P. E. ha sustentado en diversos casos la verdad con que profesa estos principios, negándose a tomar ninguna intervención en actos inherentes a los estados que tienen ya su gobierno legítimo, cualquiera que haya sido su filiación política.»

### Carlesianas

Con motivo de la constitución de la brigada del magisterio de la Liga Patriótica Argentina, su presidente, el doctor Manuel Carés, pronunció las siguientes palabras:

«La imitación de Europa, dijo, seguida en nuestro país sin las correcciones propias de los distintos ambientes, alteraron primero y deformaron después las conciencias débiles.»

Del mostrador pasó la tendencia imitativa a la calle y de la calle, el exotismo, con aarides de pedertería, pasó a los sitios de enseñanza y subió a todas las tribunas de las propagandas revolucionarias. El niño fué educado a la francesa, a la inglesa, a la europea, en suma, procurando inclinaciones cosmopolitas a expensas de los establecimientos nacionalistas. La tradición, la moral, el culto de nuestras glorias y el amor a nuestra tierra, fueron reemplazados por abstracciones exóticas que engendraron el egoísmo y el materialismo y prepararon asidero a la propaganda subversiva.

Se inventó el dogma proletario, el dolor del trabajo, la angustia de la clase trabajadora, el derecho a la ociosidad violenta y a la impunidad de la injuria, se cohesionó la cobardía con tesis acomodaticias, todo expresado en estilo exótico y contra todo lo que fuera argentino, historia, geografía y virtudes nacionales. En tropel siguió la

novedad que pretendió destruir el pasado. ¿Cuánto hijo educado en hogares sin patria salió de las escuelas fundadas sin Dios, en esta tierra cristiana y patriótica!

En este preciso instante aparecimos nosotros. La Liga Patriótica denunció la mentira revolucionaria, el oportunismo de la agitación obrera, la guaranguería del tugurio contra el buen gusto del salón, la delincuencia con armas de «chantages», la ignorancia de los corifeos y la necesidad del clásico tirón criollo para contener al mal criado, al lunfardo y al embustero. Nos hemos restituido a nuestro linaje de hombres fuertes y buenos, ya que para ser caballeros en mi tierra se necesita como en todas partes, tener la mano suave y el puño de acero. ¡Sí!; la suavidad para quien sea amigo de la casa y respetuoso de su moral; y de acero contra el maldito perturbador de la república como la Constitución la organizó. En la escuela argentina, dirigida por el magisterio digno, se ha de educar la niñez en el amor a la patria y en el culto de Dios, que quien tiene patria y Dios es probable que sea más honesto que el perdulario.

## La vida de un día

I

Armonía de azul y oro. Sol y cielo.

Armonía de esmeraldas. Césped y hojas.

Armonía sin fin de amor y luz. Y una rauda nube blanca como un recuerdo triste, como el recuerdo que está siempre en nuestra risa, siempre en nuestros ojos.

Mucha, mucha luz en la soleada mañana de otoño, y lejana vocinglería de chiquillos.

Y la nube se pierde en la diafanidad del cielo.

II

Oye y calla.

Acorda la siesta los instrumentos para al gran concierto del anochecer.

Hay graves de contrabajo y agudos de violines. Hay trémolos muy suaves de violoncellos; y al quebrarse, erizado, el sol en las pajas, vibran destemplados los cobses.

Oye y calla.

Constricta y silenciosa espere tu alma el singular concierto.

III

El sol al ponerse, tiñe en rojo al mundo.

Y nos quedamos llenos de sangre las manos y los cabellos, contemplando el venir de la noche por entre los tipales.

Y nos quedamos por ver si podíamos oír la llegar, por ver si veíamos el chocar de las estrellas, al salir de las manos del crepúsculo.

La noche llegó, y yo no había oído nada. Ya estaba cada estrella en su sitio, y yo no había escuchado el tintineo metálico que producen al correr por el cielo.

Dime ¿viste tú algo?

IV

Oye y calla. No interrumpas la paz del momento ni con una sonrisa.

Oye y calla. Es el momento amargo de la despedida.

¿Quién es el misterioso viajero que se aleja? Un día. Fué compañero nuestro, breve tiempo, pero aprendimos a amarle, y reimos con él en la mañana, y meditamos con él al medio día.

Y ahora, corre unido nuestro llanto.

Oye y calla. No interrumpas la paz, ni siquiera con un sollozo.

Igreña.

## Subrayamos

## Ideales viejos e ideales nuevos

por

José Ingenieros

Los párrafos que siguen son parte de una conferencia pronunciada por su autor en mayo de 1918. CLARÍN los reproduce hoy en sus columnas en el deseo de hacer constar que en el tiempo transcurrido el problema gana aún en actualidad y cada día se siente más próxima su solución.

## Nuevas fuerzas morales

La otra guerra, la de principios, la de ideales, me parece independiente del resultado a que se llegue en los campos de batalla. Creo que en todas las naciones, en las vencidas antes, pero después también en las vencedoras, asistiremos al advenimiento de los modernos ideales civiles, ya porque los gobiernos concedan a los pueblos todas las libertades y franquicias que éstos han pagado con su sangre, ya porque los pueblos se decidan a barrer los últimos rastros del imperialismo y del privilegio. A medida que termine la guerra feudal de los gobiernos, comenzará la guerra civilizadora de los pueblos.

Esta guerra me interesa y me apasiona: la guerra de los ideales nuevos contra los ideales viejos, la guerra de la humanidad joven contra la humanidad senil, la guerra de los pueblos sacrificados contra los gobiernos sacrificadores.

La humareda del campo de batalla no puede cegar a los que miran y juzgan los sucesos desde un punto de vista más alto y forzosamente inactivo. El heroísmo homicida y destructivo que se acostumbra admirar como una virtud en cada uno de los combatientes, colectivamente juzgado es una vergüenza para la humanidad. ¿Hasta cuándo el instinto atávico de matar hombres será objeto del estímulo religioso, hasta cuándo será loado por los poetas? Madres hay que me escuchan; yo les pregunto: ¿podrías llamar héroes a los que pusieran mayor ensañamiento en matar a vuestros hijos? Esa superstición del heroísmo individual, propia de otros tiempos, ha perdido gran parte de su valor en esta guerra, donde el éxito sólo puede corresponder a la inteligencia directriz, a la mejor organización, a la capacidad colectiva de ataque o de resistencia; es posible que después del desastre varíe en todos los pueblos la concepción del mérito y del heroísmo individual, admirándose más las actividades creadoras y constructivas, las que mejoran o embellecen la vida.

Creo que, para muchos, es ya objeto de mayor admiración el heroísmo civil que el militar. La mujer engañada que lleva en sus entrañas un hijo, lo alimenta con su savia, lo cria con sus esfuerzos, trabaja para educarlo, se sacrifica para redimirse en él de lo que sueña llamarse una culpa, es una heroína cien veces más heroica que el coronel que percibe copiosos salarios durante veinte años de paz hasta que un día de guerra se arroja entre el fragor del combate para matar o morir. Y más heroico que él es un simple médico de aldea que sabe llevar su consejo y su consuelo a los hogares afligidos, exponiéndose a cada instante, en tiempos de epidemia, a dar su vida por salvar la del prójimo. Y no lo es menos el obrero que durante años y años acepta la esclavitud del taller para ganar

el pan de sus hijos, obscuro héroe que no ennoblece su condición cuando le arrancan de la fábrica y le envían a esconderse en una trinchera hasta que le ahoguen con gases asfixiantes. Todo el que tiene un ideal o una misión en la vida, grande o pequeña, es un héroe si sabe cumplirla con buena voluntad, todos los minutos, todos los días, todos los años.

Es posible que el valor del heroísmo individual se transmita después de esta guerra; es posible que se admire a todo el que siembra un grano, hace un invento, elabora una idea, y no a los que en una hora de ebriedad o de ceguera se sienten capaces de matar un número mayor de sus semejantes.

## Renovación de ideales y de valores

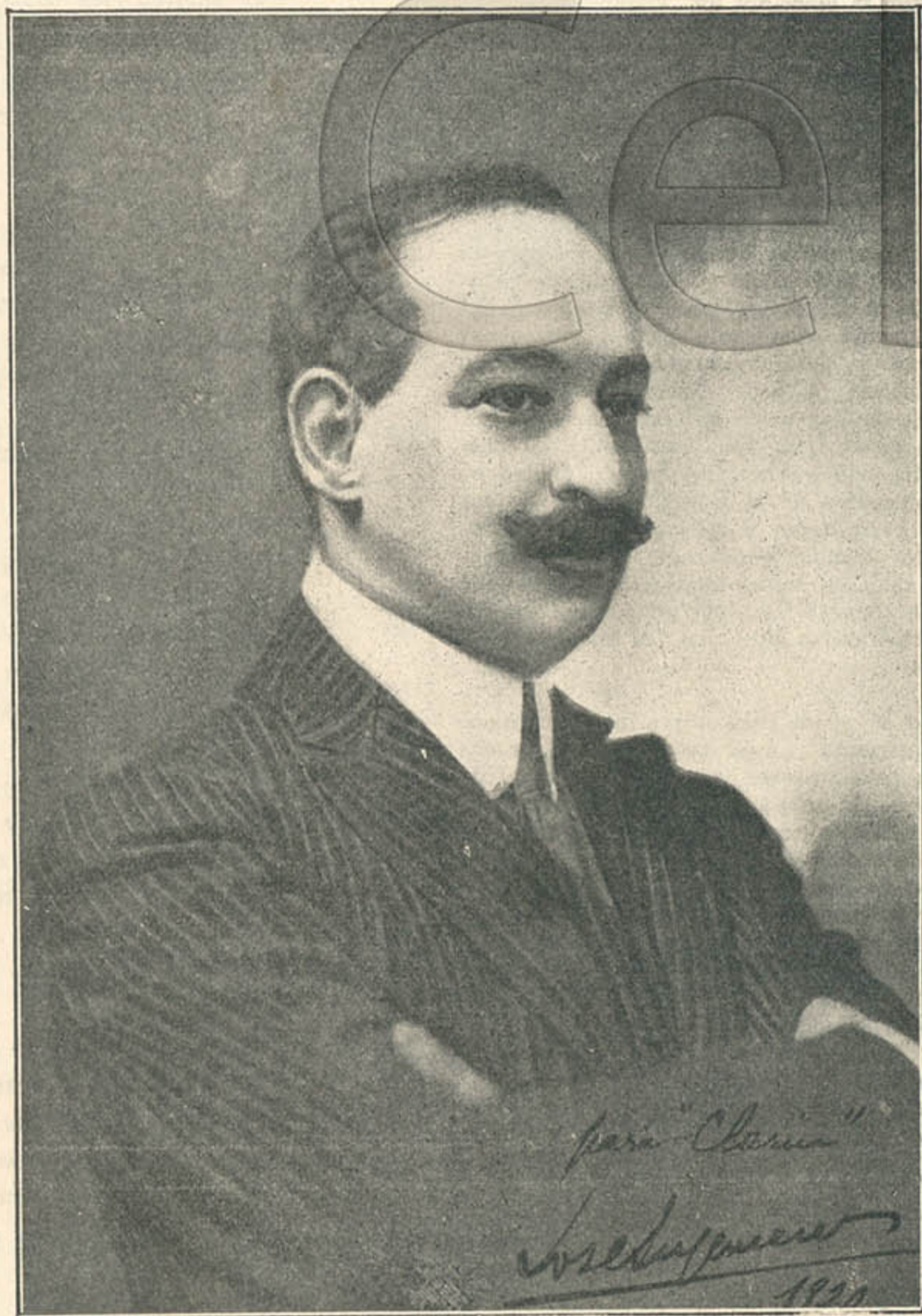
Son muy grandes, evidentemente, los intereses creados por el antiguo régimen, cuyos tentáculos se filtran en la conciencia popular a través del doble sentimiento nacionalista y religioso. Pero es más grande la necesidad de los tiempos; basta contemplar las reformas jurídicas y sociales que

se han efectuado en todos los países durante la guerra, para comprender que las más grandes aspiraciones del siglo XIX han tenido ya un generoso comienzo de realización. El valor de cada ciudadano dentro de su nación se ha centuplicado al exponer durante años su vida en las trincheras; el valor de cada mujer ha crecido desde que las circunstancias le permitieron reemplazar, sin desventaja, al hombre en la mayoría de las actividades sociales. En cambio, las diferencias de casta y los privilegios de la fortuna han perdido su significación inicial, borradas ya sus prerrogativas por las nuevas leyes dictadas bajo la presión de la necesidad.

Es visible que, en todos los pueblos, se ha iniciado ya una renovación de ideales y de valores, cuyas consecuencias serán más honrosas que el triunfo de uno u otro de los bandos en guerra.

¿Cómo desconocer que esos factores determinarán en todas las naciones, vencidas y vencedoras, un saldo favorable para los nuevos ideales, en detrimento de los viejos? ¿Cómo ignorar que las condiciones de vida consecutivas a la guerra, harán variar de tal manera la experiencia social que surjan nuevas aspiraciones e ideales, no sólo opuestos a los del medievo, sino más radicales que los expresados en el siglo XIX? ¿Podría concebirse que después de la guerra vuelvan las instituciones, las costumbres, las ideas, al mismo estado en que se encontraban la víspera?

Quien pueda concebirlo, olvida la historia. Quien se atreva a creerlo, carece de



la noción de la historia en grande, narrada por siglos, prescindiendo de los menudos accidentes que ocurren cada año y en cada lugar. La gran revolución iniciada hace quinientos años por el Renacimiento, ha tenido ya sus dos primeras crisis, en las revoluciones consecutivas al 1789 y al 1848. La guerra actual marcará la tercera crisis de ese gran proceso que tiende a sustituir una humanidad democrática a la humanidad feudal, la justicia al privilegio, la cultura a la ignorancia, la dignidad a la servidumbre, los ideales a las supersticiones.

## Las nuevas aspiraciones

Creo posible que nuestros hijos miren como cosas corrientes muchos de los ideales que nuestros padres consideraban utopías irrealizables: el nuevo régimen tributario, la desaparición de los privilegios de clase, la limitación de la jornada de trabajo, la capacidad política y civil de la mujer, el seguro social por el estado, los tribunales de arbitraje en materia internacional, la eugenia, la supresión de las burocracias parasitarias, la igualdad de las iglesias ante el estado, la educación integral, etc., etc.

Todo esto, y mucho más, vendrá; está en camino; ha venido ya en gran parte, por obra de la guerra misma.

Ciegos, los que no lo ven. Paralíticos, los que no se preparan a adaptarse a ese nuevo régimen que irá surgiendo naturalmente de los sucesos. Y para no ser ciegos ni paralíticos en un mundo que será movido por nuevos ideales, no conocemos, hasta ahora, sino una profilaxia segura: la educación, el ideal de Sarmiento, tal como él lo concibió y lo practicó durante toda su vida, por vocación y por principio, una educación para el porvenir, libre de las mentiras del pasado. Y no se equivocaba al mirar a la cultura como el instrumento más grande de dignificación en el individuo, de solidaridad en la nación, de simpatía en la humanidad.

Sarmiento... Sarmiento... Sea el nuestro abanderado en la marcha hacia los nuevos ideales de esta gran hora humana. Sarmiento, que inició su vida pública enseñando a leer a los mocetones analfabetos de Cuyo; Sarmiento, que, emigrado en Chile, fundó la primera escuela normal de maestros en la América del Sud; Sarmiento, que en su viaje por Europa miró con ojo de águila todos los progresos pedagógicos que podrían trasladarse a su patria; Sarmiento, que en Estados Unidos tuvo por más alta, entre todas sus amistades ilustres, la del educacionista Horacio Mann; Sarmiento, que presidente de la república, bregó por abrir en cada encrucijada de nuestras pampas una escuela y una biblioteca; Sarmiento, en fin, que a los ochenta años de edad, cuando el espíritu reaccionario conspiraba contra la nueva educación argentina, no vació en asumir las más altas responsabilidades, aceptando el cargo de dirigir la instrucción primaria, mirando ese puesto como un ascenso, después de haber sido presidente de la nación. Y tenía razón Sarmiento; era un ascenso. Yo tengo más confianza en los maestros de escuela que en los hombres políticos...

Pertenece a una nueva raza que ha sabido llenar de mieses ópimas y de haciendas magníficas las llanuras desiertas de esta parte del mundo; hemos conseguido los laureles que nacen del trabajo, primera virtud de los pueblos nuevos. Pero no olvidemos la segunda virtud, la cultura, que da a los pueblos otras glorias más nobles, las del intelecto; ella permite saber para prevenir, ayuda a distinguir los ideales vivos de las supersticiones muertas, enseña a no confundir con auroras los crepúsculos.

## Nuestros hijos

No temamos que la formación de nuevas creencias deje desamparados ciertos sentimientos satisfechos por las viejas. La vida moral se acrecienta y se embellece cuando aumenta la cultura humana. El mismo deseo de no morir, la ansiedad del más allá, encuentra fuentes de renovación en sentimientos legítimos que todos, los que sois padres o madres, los que tenéis hijos, comprenderéis mejor de lo que yo podría explicarlos.

El deseo de mejorarnos incesantemente, de aumentar la suma de bondad en el mundo, de sacrificarlos por el triunfo de los ideales que creemos legítimos, de anteponer los intereses del porvenir a los del pasado, ese deseo, ese anhelo, esa esperanza, necesitan un estímulo o una recompensa moral que satisfaga la eterna pregunta: ¿para qué?...

¿Para qué?...

No lo dudéis: tenemos un más allá, anhelo una inmortalidad. Para ello vivimos y trabajamos, para un más allá que no es iudérico, para una inmortalidad que no es iudica. Ellos existen, vivos, rosados, sonrientes, crecen a nuestro lado, nos continuarán en el tiempo y en el espacio después de nuestra muerte individual: lo creemos firmemente, todos los que somos padres y trabajamos para ellos, todas las que sois madres y habéis medido sus cunas.

Miremos con simpatía los ideales nuevos que aspiran a un porvenir mejor, para que en él vivan las generaciones venideras, nuestros hijos, que son nuestro indudable más allá, la expresión más segura de nuestra inmortalidad.

## Tiros al aire

## «Patética miserabilidad»

Hablar de la ignorancia de cuanto funcionario ocupa hoy en el País algún puesto público de importancia, es ya un lugar común y no seríamos nosotros los que insistiéramos en el tema, si no tuviéramos el convencimiento de que, dentro de la fauna gobernante, existen algunos ejemplares realmente pintorescos, v. gr.: son del actual director del Arsenal de Guerra, coronel Arroyo, las siguientes declaraciones hechas a un redactor de «La Unión»:

«Los que predicán la violencia, deben aceptar la violencia; el extranjero invade cada vez más nuestro territorio, cada día es mayor su violación a las leyes de nuestro país. Yo, como argentino de pura cepa, pues mis antepasados llegaron a América en el año 1500, me siento indignado al ver que, extranjeros irrespetuosos de nuestras leyes y miedosos del uniforme de un carterero, quieren aquí imponer sus llamados derechos de ciudadano argentino».

«Ustedes habrán podido ver que en varias partes de la ciudad se han producido incendios y que se está comprobando la culpabilidad de la canalla en varios de ellos. De la canalla no se puede esperar más que canalladas».

Hab'ó más adelante ponderando la obra del presidente de la República, referente al mantenimiento de la neutralidad. Su mejor obra—nos dijo.—Alemania es el país que ha educado nuestros oficiales, que nos ha facilitado nuestro material de guerra.

Nos hab'ó, por último, de la necesidad de ser enérgicos, de combatir la chusma, de la obligación de llenar los puestos públicos con gentes de nuestra raza, que ocupen las bancas del Congreso hombres de

nuestra tierra, y finalizó con esta conocida cuarteta:

La basura que se barre  
no deja de ser basura,  
que aunque se eleve a la altura  
basura será en el aire.

## Maura y Moreau

De un artículo de Felipe Alaiz, en la revista «España»:

«El señor Maura se cree obligado, por ejemplo, a reglamentar el trabajo de la mujer embarazada, en las fábricas. Perfectamente. Ahora queda esta consideración sencillísima: El maurismo acepta un estado social en el que una embarazada tiene que ir a la fábrica. Sin embargo, las damas mauristas cuando están embarazadas, no van a las fábricas».

Nos parece tan curiosa como lamentable tal coincidencia de propósitos reglamentaristas entre el señor Maura, clerical y monárquico, y, por ejemplo, la señorita Moreau, socialista.

## Para los politiqueros

Baroja escribe en «La caverna del humorismo»:

«En la política no se ha dado con frecuencia el humorismo, cosa natural, porque la política tiene siempre mucho de comedia y los grandes políticos son grandes comediantes».

Es un buen pensamiento para fijar en las paredes de los comités de cada partido.

## Respondan las feministas

¿Cómo es posible que de Inglaterra, el país en que se lucha más denodadamente por los fueros de la mujer, nos llegue la siguiente noticia:

«Londres 4.—El príncipe de Gales vendió en Bristol un toro shorthorn, por 1.155 guineas; las hembras de la misma raza sólo alcanzaron un precio de cien guineas».

## La personalidad

Para los pingüinos, guardias blancas, niños bien y demás individuos de afines características zoológicas, insertamos aquí las siguientes palabras de Unamuno:

«Siempre he sentido aversión hacia eso que se llama vida de sociedad y cuyo fin útil es cultivar relaciones. ¿Hay nada más terrible que una visita? En ella se pasan en revista todos los más sobados lugares comunes. Las visitas son, con el teatro, las dos grandes fuentes de ramplonización».

«Un hombre de sociedad, un hombre que resulta agradable a las damas en visita y en saón, es un hombre cuyo principal cuidado es ahogar chocantes espontaneidades y no dejar transparentar su propia personalidad. Porque ésta, la personalidad propia, molesta a los demás. Las gentes gustan de encontrarse con el hombre medio, con el hombre corriente, con el que no sea excepcional en ningún respecto. La excepción molesta siempre. «Me carga el hombre!» Y así es, carga «el hombre», y la más ruda pelea para el que se sienta tal, es la pelea de conquistar el respeto de la individualidad».



# "VIRTUS"

Revista argentina de bibliografía. Se publica mensualmente con información completa de todo el movimiento bibliográfico argentino y extranjero.

"Virtus" se edita lujosamente en fascículos no menores de 32 páginas y se remite gratis a quien la solicite.



Editorial  
"VIRTUS"  
Esmeralda 70  
Buenos Aires